

El lunes 14, dia siguiente al en que ocurrió el altercado entre el señor Caballero y el príncipe de la Paz, fué muy agitado. El martes 15 los últimos preparativos de la corte, las espresiones de los ministros disidentes, y ciertas palabras atribuidas al príncipe de Asturias, que segun se decia pedia auxilio contra los que querian llevarle á Andalucía, produjeron tal irritacion, que por momentos se aguardaba estallase una insurreccion popular. Ya tenia las apariencias de ella, ya se oian los gritos y no faltaba mas que los actos y la violencia.

Al dia siguiente, miércoles 16, viendo los autores del proyecto de viage que la marcha no podia emprenderse sino se restituia la calma por algunos instantes á aquella agitada poblacion, idearon publicar una proclama en la que Carlos IV prometiese no salir de Aranjuez. Redactóse en efecto inmediatamente y se fijó en las esquinas de aquel real sitio, enviándola tambien con gran premura á Madrid. Decia en sustancia:—Mis amados vasallos, no os alarméis ni por la llegada de las tropas de mi magnánimo aliado el emperador de los franceses, que solo han entrado en España para rechazar un desembarco de los ingleses en nuestras costas, ni por los supuestos proyectos de mi partida. No; no es cierto que yo quiera alejarme de mi amado pueblo. Deseo permanecer y vivir entre vosotros, contando con vuestra adhesion y fidelidad, si fuese necesario combatir á cualquier enemigo. Españoles, tranquilizáos: vuestro rey no os abandonará (1).

(1) He aqui las palabras testuales de esta proclama: «Amados vasallos míos: vuestra noble agitacion en estas

Esta proclama inspiró un poco de seguridad en los ánimos, y los calmó por el momento. La multitud corrió á palacio y pidió se presentasen SS. MM., que salieron al balcón; el pueblo comenzó entonces á gritar: ¡Viva el rey!... ¡Muera el príncipe de la Paz!... ¡Muera el favorito que deshonra y vende á su amo!... El dia concluyó así con una especie de satisfaccion que desgraciadamente debia ser pasajera.

Al siguiente dia, 17 de marzo, á pesar de la real promesa, parecia que el viage no se habia sus-

circunstancias es un nuevo testimonio que me asegura de los sentimientos de vuestro corazón; y yo, que cual padre tierno os amo, me apresuro á consolaros en la actual angustia que os oprime. Respirad tranquilos; sabed que el ejército de mi caro aliado el emperador de los franceses atraviesa mi reino con ideas de paz y de amistad. Su objeto es trasladarse á los puntos que amenaza el riesgo de algun desembarco del enemigo, y que la reunion de los cuerpos de mi guardia ni tiene el objeto de defender mi persona, ni acompañarme en un viage que la malicia os ha hecho suponer como preciso. Rodeado de la acendrada lealtad de mis vasallos amados, de la cual tengo tan irrefragables pruebas, ¿qué puedo yo temer? Y cuando la necesidad urgente lo exigiese ¿podria dudar de las fuerzas que sus pechos generosos me ofrecerian? No: esta urgencia no la verán mis pueblos. Españoles: tranquilizad vuestro espíritu: conducios como hasta aqui con las tropas del aliado de vuestro rey, y vereis en breves dias restablecida la paz de vuestros corazones, y á mí gozando la que el cielo me dispensa en el seno de mi familia y vuestro amor. Dado en mi palacio real de Aranjuez á 16 de marzo de 1808.—Yo el rey.—A don Pedro Cevallos.» (Nota del traductor).

pendido. Los carruages continuaban cargados en los patios de palacio, y los caballos prevenidos. Las tropas que formaban la guarnicion de Madrid, compuestas de los guardias españolas y walonas y de la compañía de guardias de corps que no estaba de servicio, se pusieron en marcha para Aranjuez. Una gran parte del pueblo de la capital y una multitud de curiosos las siguieron y atravesaron con ellas la distancia que hay desde uno á otro punto, que es de siete leguas. Por el camino el pueblo proferia en alta voz espresiones contra la reina y el favorito, y preguntaba á los oficiales y soldados si dejarían que les arrebatare sus soberanos un indigno usurpador que queria llevárselos para tiranizarlos con mas seguridad. Las tropas, así acompañadas, llegaron al declinar el dia á Aranjuez y fueron alojadas, lo cual no era en verdad el mejor medio para mantener la subordinacion militar. Una circunstancia acabó de convencer á la multitud que las promesas régias no eran mas que un engaño: las señoritas Tudó acababan de llegar á Aranjuez, y segun se decia, aquella misma tarde saldrian para Andalucía. La concurrencia al derredor del palacio real y del de el principe de la Paz era mas numerosa que en los dias anteriores, porque á los azorados habitantes de Aranjuez, y á los manchegos se habian unido muchos soldados, que en cuanto dejaron las armas en sus alojamientos fueron á mezclarse con la multitud, y con los curiosos que en gran número habian salido de Madrid. Los guardias de corps, por lo menos los que no estaban de servicio, escitados visiblemente por los amigos del principe de Asturias, se habian dividido en grupos, y patrullaban voluntariamente

hácia las reales caballerizas, y el palacio del principe de la Paz.

Cerca de la media noche, un incidente singular acaecido junto á la habitacion de Godoy, fué la chispa que produjo la esplosion. Una señora que salia de aquel palacio que llevaba del brazo un oficial, ó iba escoltada por algunos húsares que habitualmente daban la guardia al principe, fué descubierta por un grupo de guardias de corps y de curiosos, que creyeron reconocer á la señorita Tudó y pensaron que iba á subir en un carruage. La rodearon, y tratando los húsares de abrirse paso, sonó un tiro que se ignora por quien fuese disparado. Al instante hubo un tumulto espantoso: los guardias de corps corrieron á su cuartel, ensillaron los caballos y se arrojaron sable en mano sobre cuantos húsares del principe encontraron. Los guardias españolas y walonas tomaron tambien las armas, mas bien para unirse á la multitud que para hacer respetar la autoridad real. No contentándose ya el pueblo, se reunió debajo de los balcones de palacio, pidió con gritos destemplados que se dejase ver el rey para manifestarle sus deseos, prorumpiendo con furor en las voces de ¡viva el rey!... ¡muera el principe de la Paz!.. Despues de asustarle, saludandole con semejantes aclamaciones, se trasladó al otro lado de Aranjuez en donde estaba situado el palacio del principe de la Paz, y le cercó por todas partes. Forzar las puertas para precipitarse dentro de él, pareció á aquel pueblo, que daba el primer paso en la senda de las revoluciones, un atentado superior á su audacia. Se detuvo un momento, titubeó, pero lleno de impaciencia devoraba con la vista su presa antes de

apoderarse de ella. De repente, un individuo, mensajero, según se dijo, de palacio, se presentó á la puerta del príncipe y pidió se le abriese: se le negó y volvió á insistir. Los que custodiaban la casa, creyendo que se les atacaba trataron de defenderse. En medio de aquella agitacion sonó un tiro, y entonces cesó la indecision. La multitud furiosa se arroja sobre las puertas, las derriba, penetra en la suntuosa habitacion del favorito, la destroza, arroja por los balcones cuadros, colgaduras y muebles magníficos, destruye pero no saquea, mas furiosa que codiciosa, como acontece en los movimientos de toda multitud apasionada pero no envilecida. Corre de aposento en aposento buscando el objeto del odio público, pero no encuentra mas que á la infortunada esposa del príncipe de la Paz. Hasta los mas insignificantes individuos del pueblo, sabian en España toda la vida de don Manuel Godoy. Sabia cuantas mugeres tenia y á las que amaba ó despreciaba: sabia las desgracias de aquella augusta princesa de Borbon, tristemente enlazada con un guardia, para dar á aquel soldado el régio lustre que le faltaba. La muchedumbre al verla se postró á sus pies, la condujo respetuosamente fuera de aquella casa invadida, la colocó en un coche, y la llevó en triunfo hasta el palacio del soberano, gritando: He aquí la inocente. Despues de dejarla en la mansion de losreyes, de donde nunca debió salir, la multitud, que creía no haber concluido aun en el palacio del príncipe de la Paz, volvió á él, le buscó por todos los rincones, y no encontrándole, se vengó en destruirlo todo horrorosamente. Pasó toda la noche en registros y destrozos, y cuando amaneció,

ció, sin que el favorito fuese descubierto, se creyó que habria encontrado en otra parte un asilo.

Fácilmente puede comprenderse cuán grande seria en aquellos momentos el temor de Carlos IV y la desesperacion de la reina. El recuerdo de la revolucion francesa los habia siempre llenado de terror. Veian, por fin, en torno suyo aquella revolucion tan temida lanzando los mismos gritos, y cometiendo los mismos actos, aunque escitada por otros sentimientos. Estaban inconsolables, consternados, y resignados á todo lo que se quisiese exigir de ellos. La reina, generalmente poco querida, experimentaba, sin embargo, un sentimiento verdadero, que sin hacerla interesante podia al menos excusar hasta cierto punto su vida anterior. En su terror, no pensaba en sí misma ni en su familia, sino en el que dominaba su alma, en el despreciable Godoy. Preguntaba á todo el mundo que habia sido de él, y enviaba por todas partes criados fieles para que la llevasen noticias. ¿En dónde está Manuel?... gritaba, ¿en dónde está?... y no ocultaba las lágrimas que le arrancaban su dolor é inquietud. El mismo monarca, cuando se recobraba un poco de su sobresalto, preguntaba tambien que se habia hecho el pobre Manuel, que tan adicto, decia, le era. El príncipe de Asturias, viendo abatido á su enemigo, la corona de su padre próxima á ceñir sus sienas, é ignorando que bien pronto caeria á tierra para ser recogida con la punta de la espada, manifestaba una alegría poco generosa, que no se ocultaba á las miradas de su madre, y que le atraia por su parte las mas violentas repreciones.

Habiéndose presentado los ministros y algunos

personajes adictos, se aconsejó al rey que exonerase de todos sus grados y empleos al príncipe de la Paz, como único medio de restablecer la calma y de salvar la vida del mismo príncipe. El rey, porque se hallaba dispuesto á todo, y la reina, porque deseaba más salvar la vida que el poder de su amante, accedieron desde luego, y en la mañana del 18 de marzo apareció un decreto privando á don Manuel Godoy de sus cargos de gran almirante y de generalísimo, y autorizándole para que se retirase al punto que quisiese elegir (1).

Así concluyó aquel deplorable favorito, cuyo extraño destino era el ofrecer en nuestro tiempo el último vestigio de los vicios de las antiguas cortes, en contraposición con las costumbres del siglo; porque hasta en las cortes absolutas se había llegado á respetar la opinión pública: favorito fatal por otros títulos más que el del escándalo; porque escepto la efusión de sangre, había atraído sobre la infeliz España todos los males reunidos, la ignominia, la desorganización, la ruina, y en último término los motines. Al saber la degradación de don Manuel Godoy, el pueblo que obstruía las calles de Aranjuez, y que además de los vecinos de aquel sitio, se componía de muchos forasteros que habían acudido de Madrid, Toledo y las llanuras

(1) El decreto de exoneración estaba redactado en estos términos: «Queriendo mandar por mi persona el ejército y la marina, he venido en exonerar á don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, de sus empleos de generalísimo y almirante, concediéndole su retiro donde más le acomode. Tendréislo entendido y lo comunicareis á quien corresponda. Aranjuez 18 de marzo de 1808. — A don Antonio Olaguer Felip.» (Nota del traductor).

de la Mancha, se entregó á la más frenética alegría, como si al día siguiente debiese ser el país más feliz de la tierra. Por todas partes se oían canciones, se veían bailes y se disparaban tiros al aire; ilumináronse la mayor parte de las casas, abrazábanse unos á otros en las calles, se felicitaban mutuamente de aquella caída, que satisfacía un sentimiento mucho más vivo que el del interés, el del odio á una fortuna insolente que había ofendido á toda España. La noticia llegó á Madrid en dos ó tres horas, y produjo un verdadero delirio.

En cuanto se supo aquel movimiento popular, el embajador de Francia que carecía de talento, pero no de valor, corrió al lado del rey para cubrirle con su cuerpo si corría algún peligro. Terminado todo con la caída del favorito, de quien había llegado á ser enemigo á fuerza de interesarse por el príncipe de Asturias, se presentó casi triunfante á este último. Dijo á Carlos IV, que las tropas francesas cuya llegada estaba próxima (pasaban en aquel momento el Guadarrama para bajar á Madrid) estarían á sus órdenes contra todos sus enemigos exteriores é interiores, y que al dar aquella seguridad, creía cumplir con las instrucciones de su augustó amo, que no consentiría que jamás se invocase en vano su amistad. Carlos IV dió las gracias á Mr. de Beauharnais, y le contestó que en lo sucesivo se consideraría muy dichoso en tratar de los negocios con el embajador de Francia, sin persona intermedia. ¡Desgraciado rey!... ¡el destino no le reservaba tan pesada carga!...

El día 18 trascurrió con la mayor calma. Sin embargo, la agitada multitud necesitaba nuevas

emociones: la era preciso algo mas que destruir un palacio. Hubiera deseado apoderarse de don Manuel Godoy para despedazar su cuerpo. Se le buscaba por todas partes, y la reina temblaba á cada momento que se la participase su descubrimiento y su muerte. Todos los ministros pasaron la noche en palacio al lado de los soberanos, cuyos párpados no pudo cerrar el sueño ni un instante.

El dia 19 por la mañana, la agitacion popular, que se habia calmado la primer vez con la proclamacion del 16, y la segunda con la deposicion del favorito decretada el 18, habia crecido como una ola que sube y baja alternativamente. Conociendo los oficiales de guardias que su autoridad seria desatendida por su tropa, declararon que no podrian hacer respetar la persona real si era atacada. El rey y la reina desconsolados, hicieron llamar á su hijo Fernando para que los protegiese con su popularidad: acababa de prometer sus buenos oficios, con la secreta alegría de un vencedor, y la facilidad de un conspirador seguro de los resortes que debe hacer jugar, cuando de repente un nuevo y violento rumor probó que habia sobrado fundamento para temer el dia que comenzaba.

El principe de la Paz, tan buscado, no habia sin embargo, dejado su morada. En cuanto fueron forzadas las puertas de su palacio, tomó un puñado de oro, un par de pistolas, y se metió en las bohardillas entre un rollo de estera. En aquella incómoda posicion permaneció todo el dia 18 hasta la mañana del 19, en que despues de treinta y seis horas de suplicio, y no pudiendo ya sufrir la sed, salió de su escondrijo y se encontró con un guardia walon que estaba de servicio. Ofreció oro á

aquel centinela, y no se atrevió á amenazarle con sus armas, pero no consiguió mas que ser denunciado y preso en el mismo instante. Felizmente para él, la mayor parte del pueblo no se encontraba entonces en las inmediaciones de su palacio. Algunos guardias de corps que llegaron bien oportunamente, le colocaron en medio de sus caballos y se dirigieron hácia su cuartel con cuanta celeridad les fué posible. Era preciso atravesar todo Aranjuez, y advertido el pueblo corrió al momento á su encuentro. El principe caminaba á pie entre dos guardias montados, apoyado en el arzon de sus sillas, y defendido por ellos de los ataques de la multitud. Otros guardias que iban delante y detrás hacian grandes esfuerzos para protegerle, pero no pudieron impedir que el pueblo enfurecido le diese grandes golpes, con palos, horquillas y cuantas armas pudo haber á las manos. Con los pies muy lastimados por las pisadas que le dieron los caballos, el maslo con una gran herida, y un ojo casi fuera de su órbita, llegó por fin al cuartel de los guardias, y todo ensangrentado, fué colocado sobre la paja de las cuadras. ¡Triste ejemplo del favor de los reyes, cuando el furor popular se propone vengar en un dia veinte años de inmerecido poderio!... La historia no ofrecia hasta entonces espectáculo tan lamentable como el que en aquel momento presentaba el antiguo guardia de corps, que despues de haber, en cierto modo, ocupado el régio solio, volvía al cuartel para acostarse sobre la paja que le habia servido de cama en su juventud.

El rey y la reina al saber este nuevo tumulto, llamaron otra vez á Fernando, y le suplicaron que

olvidase sus injurias y corriese á salvar al desgraciado Godoy. Prometió hacerlo, y marchó en efecto al cuartel de guardias de corps, que amenazaba invadir un populacho desenfrenado, y pudo hacer que se retirase, prometiendo que el culpable seria juzgado por el Consejo de Castilla y que serian castigados todos sus crímenes. A la voz del heredero de la corona, la multitud se dispersó. Fernando fué á ver á Godoy, á quien encontró bañado en sangre, y dijo con fingida generosidad que le perdonaba todos los males que de él habia recibido. La vista de un aborrecido enemigo devolvió al principe de la Paz la presencia de ánimo que no habia tenido ni un solo instante desde el principio de la catástrofe.—¿Eres ya rey para perdonar? dijo á Fernando.—No, replicó el principe, no lo soy, pero lo seré en breve.

Volvió el principe á palacio para tranquilizar á sus augustos padres que habian quedado en un estado de turbacion difícil de describir, y dispuestos, para salvar sus personas y la de su querido Manuel, á hacer todos los sacrificios posibles, yaun el del mismo trono.—¿Qué se quiere de nosotros, esclamaban, para libertar de tan grave riesgo á nuestro desgraciado amigo?... ¿Su deposicion? Ya la hemos dictado. ¿Que sea juzgado? Vamos á mandarlo. ¿Se quiere acaso la corona? También la depondremos.—Una especie de enagenacion mental se habia apoderado del rey y de la reina; no sabian lo que se decian, y se dirigian á todo el mundo pidiendo un apoyo ó un consejo. Para tranquilizarlos acerca de la vida del principe de la Paz, se imaginó el enviarle bien escoltado á Granada, sirviéndose para ello de los tiros que ya

habia preparados. Inmediatamente se presentó á la puerta del cuartel de guardias de corps, un coche con seis mulas, para meterle en él y hacerle salir de Aranjuez. Mas apenas se tuvo noticia de aquellos preparativos, cuando el pueblo adivinando su objeto se precipitó sobre el carruage, le hizo pedazos, y se manifestó decidido á impedir la marcha.

Este nuevo incidente acabó de trastornar la cabeza al desventurado Carlos IV y su esposa. Uno y otro creyeron que la revolucion francesa volvía á comenzar en España: que no solo se atentaba contra el principe de la Paz, sino contra ellos mismos; y que deponer el cetro en manos de Fernando, seria tal vez un medio de conjurar aquella tempestad naciente, de salvar su vida, y la de su desgraciado amigo. Se lo dijeron á todos los que les rodeaban, á los señores Caballero y Cevallos, al duque de Castel-Franco, gefe de las tropas reunidas en aquel sitio, y á varias personas de la corte; y cuando hacian aquella proposicion, todos los que se hallaban presentes manifestaban con su triste silencio que la aprobaban como la solucion mas sencilla, segura, plausible y la mas capaz de terminar en su nacimiento una revolucion que comenzaba de un modo tan espantoso, como la que hizo rodar la cabeza de Luis XVI. Pasados algunos instantes en aquellas vagas conferencias, y en consultar á hombres atemorizados, Carlos IV dijo que queria abdicar; su ambiciosa esposa le contestó que tenia razon, y sin que hubiese uno solo que contradijese aquella resolucion, los ministros se ofrecieron á redactar el acta de abdicacion.

Hizose así en el momento, y se publicó inmediatamente en medio de una alegría sin ejemplo. Carlos IV declaraba en ella que fatigado de los graves cuidados del trono, y abrumado por el peso de los años y de las enfermedades, entregaba á su hijo Fernando, la corona que habia ceñido veinte años (1).

La noticia de la abdicacion produjo en Aranjuez una especie de embriaguez. El pueblo en masa acudió á saludar al nuevo rey, por tan largo tiempo objeto de sus deseos, y le colmó de mil bendiciones. La córte, anticipándose al pueblo, abandonó á los antiguos soberanos, como se abandonan los cadáveres. Quedaron solos, un poco tranquilos, pero completamente abatidos con su caída; todos corrieron al lado del nuevo monarca para manifestar á aquel nuevo amo, que él solo era el que habia ocupado los corazones ya hacia muchos años, aun cuando inclinasen la cabeza ante

(1) El acta de abdicacion se publicó en la Gaceta de Madrid del 23 de marzo de 1808 y estaba concebida en los términos siguientes: «Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por mas tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso para reparar mi salud gozar en un clima mas templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado despues de la mas seria deliberacion, abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro hijo el principe de Asturias. Por tanto es mi real voluntad que sea reconocido y obedecido como rey y señor natural de todos mis reinos y dominios. Y para que este mi real decreto de libre y espontánea abdicacion, tenga su éxito y debido cumplimiento, lo comunicareis al Consejo y demas á quien correspondia. =Dado en Aranjuez á 19 de marzo de 1808.= Yo el rey. =A don Pedro Cevallos.» (Nota del traductor).

su madre y el favorito. Fernando, que la naturaleza habia formado para el disimulo, y á quien las desgracias de su juventud habian perfeccionado en tan odioso arte, aparentó hallarse contento de todo el mundo, y lo estaba bastante con su fortuna para que lo pareciese con los hombres. Conservó provisionalmente los ministros de su padre, por que no podia variarlos en aquellos momentos, y la primer orden que les dió, fué que se hiciese venir al sitio al duque del Infantado desterrado á sesenta leguas de Madrid, y á don Juan Escoiquiz encerrado en un convento. En seguida nombró al duque del Infantado, capitan de guardias y presidente del Consejo de Castilla. Así es, que apenas concluia un favor comenzaba otro; pero este debia durar muy pocos dias, porque se acercaba el terrible Napoleon. Sus tropas bajaban entonces desde las alturas de Somosierra á Buitrago, y solo se hallaban á una jornada de Madrid, aunque un poco larga. Los ministros de Fernando le aconsejaron desde principio á su reinado, poniéndose de acuerdo con el emperador de los franceses. El duque del Parque fué á encontrar á Murat para tratar con aquel principe de la entrada de sus tropas en Madrid. Los duques de Medinaceli y Frias y el conde de Fernan-Núñez, fueron enviados á Napoleon, á quien se suponía en camino de España, para jurarle amistad y renovarle la peticion de una princesa francesa. Hecho esto al concluir el primer dia, Fernando se durmió creyéndose ya rey. Debía serlo, pero despues de un largo cautiverio y de una espantosa guerra.

Así cayeron los últimos Borbones, para volver á aparecer al cabo de algunos años, bien ó mal,

triste ó gloriosamente: cayeron en Aranjuez, como en Paris y Napoles, á impulsos de la revolucion francesa, que los llevaba por delante, semejante á las furias vengadoras que persiguen á los culpables. En Paris, aquella revolucion habia derribado la cabeza de un Borbon. En Nápoles habia arrojado otro al mar y le habia obligado á refugiarse en Sicilia. En Aranjuez obligaba al último á abdicar para salvar la vida de un innoble favorito, y se servia no de un pueblo amante de la libertad, sino de un pueblo idólatra de la monarquía; siendo de este modo tan varia en su manera de obrar, como lo eran los lugares en donde penetraba, pero siempre terrible y regeneradora, aunque felizmente menos cruel, porque ya destronaba y no mataba á los reyes.



## LIBRO TREINTA.

### Bayona.

Desórdenes en Madrid al saberse la noticia de los acontecimientos de Aranjuez.—Murat acelera su llegada.—Al aproximarse á Madrid recibe un mensaje de la reina de Etruria.—La envia á Mr. de Monthyon.—Este encuentra á la familia real desconsolada y pesarosa de haber abdicado.—Cuando regresó Mr. de Monthyon, Murat sugiere á Carlos IV la idea de protestar contra una abdicación que no habia sido libre, y difiere el reconocer á Fernando VII.—Entrada de los franceses en Madrid el 23 de marzo.—Protesta secreta de Carlos IV.—Fernando VII se apresura á entrar en Madrid para tomar posesion de la corona.—Disgusto de Murat al ver entrar á Fernando VII.—Mr. de Beauharnais aconseja á Fernando VII que vaya á avistarse con el emperador de los franceses.—Efecto de las noticias de España en las resoluciones de Napoleon.—Adopta un nuevo partido al saber la revolucion de Aranjuez.—Concibe en Paris el mismo plan que Murat en Madrid, el de no reconocer á Fernando VII, y hacer que Carlos IV le ceda la corona.—Mision del general Savary en Madrid.—Regreso de Mr. de Tournon á Paris.—Duda momentánea que se suscita en el ánimo de Napoleon.—Despacho singular del dia 29, que contradice lo que habia pensado y resuelto.—Las noticias de Madrid llegadas el 30 confirman á Napoleon en sus primitivos proyectos.—Aprueba la conducta de Murat, y que envíe á Bayona toda la familia de España.—Se pone en camino para Burdeos.—Con la aprobacion de Napoleon, Murat trabaja con el general Savary en la ejecucion del plan convenido.—Fernando VII, despues de reunir en Madrid á sus confidentes íntimos, el duque del Infantado y á don Juan Escoiquiz, delibera sobre la con-